

1

¿CREYENTES O DISCÍPULOS?

La mejor descripción de la vida cristiana representada en el Nuevo Testamento, es aquella en la que el discipulado lleva a una adhesión auténtica y activa en el Cuerpo de Cristo. Por lo tanto, la primera parte de este libro describe lo que significa convertirse en discípulos de Jesús. No obstante, una vez que llegamos a ser discípulos, deseando hacer la voluntad de Dios y no la nuestra, el problema que surge es encontrar nuestro lugar en la Iglesia, el Cuerpo de Cristo. Pero, ¿qué es la Iglesia desde la perspectiva de Dios?

En la segunda parte de este libro vamos a explorar la naturaleza de la Iglesia del Nuevo Testamento, así como lo que significa llegar a ser un miembro que funciona plenamente dentro del Cuerpo de Cristo —en toda la riqueza de sus dimensiones bíblicas. La oración de Pablo por los creyentes en Efesios 3:14-19 instaba a que ellos no sólo estuvieran satisfechos con un entendimiento parcial de su llamado en Cristo, sino que ellos pudieran entrar en todas las dimensiones de ese

llamado. Somos salvos no sólo para que seamos libres del poder del pecado y escapar de la muerte eterna en el infierno, tan maravilloso como eso pueda ser. Más bien somos salvos para que seamos transformados en la imagen de Jesucristo, para ser piedras vivas en el templo eterno del Señor y miembros de la Novia de Jesús. Como asegura Efesios 3: 14 al 19 (NVI):

Por esta razón me arrodillo delante del Padre, de quien recibe nombre toda familia en el cielo y en la tierra. Le pido que, por medio del Espíritu y con el poder que procede de sus gloriosas riquezas, los fortalezca a ustedes en lo íntimo de su ser, para que por fe Cristo habite en sus corazones. Y pido que, arraigados y cimentados en amor, puedan comprender, junto con todos los santos, cuán ancho y largo, alto y profundo es el amor de Cristo; en fin, que conozcan ese amor que sobrepasa nuestro conocimiento, para que sean llenos de la plenitud de Dios.

Después del primer siglo d.C. mucho de lo que Pablo aquí describe se perdió, quedando enterrado bajo un mar de falsa doctrina, tradición y la opresiva religión jerárquica. Hoy en día, los creyentes en Jesús son los beneficiarios de la gran *Reforma*, la cual restauró mucha luz y verdad. No obstante, en estos últimos días, la necesidad más grande de todos es la *Restauración* del patrón de las Escrituras, de la pureza y del poder de la Iglesia de Jesucristo.

En nuestros días el término ‘creyentes’ se utiliza con mucha más frecuencia que ‘discípulos’ para describir a los seguidores de Jesucristo. Pero la palabra “creyentes” sólo aparece dos veces como un sustantivo en el Nuevo Testamento Griego, en Hechos 5:14 y en 1 Timoteo 4:12,¹ mientras que los santos son descritos como “discípulos” más de doscientas veces. ¿Estamos olvidándonos de algo aquí? ¿Hemos hecho un *final* de lo que la Biblia describe como solo el *comienzo* de la verdadera vida espiritual llegando a creer en Jesús? Por favor note, sin embargo, que “creer” como verbo aparece muchas veces en el Nuevo Testamento, lo que demuestra que la fe es una acción, no sólo un estado del ser.

1.1 INSTRUIDOS EN SUS CAMINOS

LA PALABRA *creyente* se refiere a alguien que confía su bienestar a Jesús, poniendo su fe en Él.² Un niño pequeño puede ser un creyente en Jesús tan plenamente como lo puede ser un anciano con sus canas y años de experiencia en el Señor. Pero *discípulo* tiene un significado más profundo. La palabra aparece por primera vez en las Escrituras en inglés como traducción de la palabra hebrea, *limmuday* el plural de לומד, *lim-mud`*, en Isaías 8:16, “Ata el testimonio, sella la ley entre mis *discípulos*”. La palabra discípulo se refiere a aquel que ha sido instruido, acostumbrándose a los caminos de su maestro.³ Un discípulo es alguien que ha elegido deliberadamente conocer al Señor y Sus caminos; es aquel que camina en las sendas de la Palabra de Dios. El autor del Salmo 119

es notablemente un alumno del Todopoderoso, como puede verse en los versículos 10-16,

*Con todo mi corazón te he buscado;
No me dejes desviarme de tus mandamientos.
En mi corazón he guardado tus dichos,
Para no pecar contra ti.
Bendito tú, oh SEÑOR;
Enséñame tus estatutos.
Con mis labios he contado
Todos los juicios de tu boca.
Me he gozado en el camino de tus testimonios
Más que de toda riqueza.
En tus mandamientos meditaré;
Consideraré tus caminos.
Me regocijaré en tus estatutos;
No me olvidaré de tus palabras.*

Tendemos, incluso como cristianos, a buscar las riquezas del mundo, pero note que el salmista se alegra “en el camino de tus testimonios más que de toda riqueza.” El hebreo para “tu palabra” en el versículo 11, imrâh -אמר, ‘im-ra’,⁴ puede ser traducido como *palabra* o *mandamiento*. Existen otras cinco palabras hebreas en este pasaje que también reflejan mandamiento, juicio o sentencia; todas describiendo la naturaleza autoritaria de la Palabra de Dios *mitzvah*’, *chōq*, *mishpat*’, *piqud*’, *dabar*’. Las enseñanzas del Señor son mandatos eternos e inmutables y el discípulo presta una cuidadosa atención a ellos.

La naturaleza del discipulado para toda la vida se muestra claramente en los versículos 111 y 112. No se trata de un capricho pasajero o etapa de desarrollo:

Por heredad he tomado tus testimonios para siempre,

Porque son el gozo de mi corazón.

Mi corazón incliné a cumplir tus estatutos

De continuo, hasta el fin.

Una característica común de muchos hoy en día es la profunda renuencia a comprometerse *con cualquier cosa*, aparte de consigo mismo, por más de un corto tiempo. Sin embargo, aquí el salmista habla de un compromiso con Dios que no tiene fin, no hay cláusula de escape, no hay un 'sz' condicional.

En Isaías 8, en donde la palabra "discípulo" aparece por primera vez, el profeta estaba hablando a un pueblo israelita que se había rebelado tan profundamente contra el Dios de Israel, que Él instruyó a Su profeta para "no andar por la sendas de ese pueblo", con el fin de que no estuviera bajo la misma sentencia o juicio. De todas las naciones de la tierra, el Señor se había revelado a sí mismo y Su palabra a Israel. A pesar de ello el pueblo judío se había alejado de su Dios. Por lo tanto, la misma ley que Él le dio a Israel para ser luz y vida estaba a punto de volverse contra ellos en oscuridad y juicio:

La palabra, pues, del SEÑOR les será

mandamiento tras mandamiento,

mandato sobre mandato,

renglón tras renglón,

*línea sobre línea,
un poquito allí, otro poquito allá;
hasta que vayan y caigan de espaldas,
y sean quebrantados, enlazados y presos. -Isaías 28:13-*

Dios mismo estaba a punto de convertirse,

“...a las dos casas de Israel, por piedra para tropezar, y por tropezadero para caer, y por lazo y por red al morador de Jerusalén.... Ata el testimonio, sella la ley entre mis discípulos. Esperaré, pues, al Señor, el cual escondió su rostro de la casa de Jacob, y en él confiaré” Isaías 8:14,16-17-

Solo los verdaderos discípulos -alumnos y seguidores- del Señor de entre el pueblo judío continuarían en el entendimiento del “testimonio” o la “ley”. ¿Por qué?, porque Israel había dejado de confiar en el Señor su Dios, y había puesto su confianza en reyes y “dioses” extranjeros, llegando hasta el punto de consultar “encantadores y adivinos”, según se describe en el versículo 19. En respuesta, el versículo 20 establece:

“¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido”.

Israel se había vuelto atrás de la luz de su Dios y había caído en la oscuridad de este mundo sumido en el pecado, por lo que el Señor escondió “Su rostro de la casa de Jacob...”; un temeroso precursor de las palabras de Jesús en Mateo 6:22-23:

“La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno todo tu cuerpo estará lleno de luz, pero si tu ojo es maligno,

todo tu cuerpo estará en tinieblas. Así que, si la luz que en ti hay es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas?"

En el Nuevo Testamento, la palabra griega para discípulo es *mathetes* μαθητής, ma-thei-tis-: un alumno, un pupilo, o de nuevo un discípulo.⁵ En la iglesia primitiva, convertirse en un *discípulo* de Jesús era la consecuencia normal de ser un creyente. Si en nuestros días a menudo nos referimos a los cristianos como creyentes, debemos recordar que creer y nacer de nuevo es sólo el comienzo de la vida cristiana, no el final. Convertirse en un discípulo de Jesús es lo que el Señor quiere para el resto de nuestras vidas. El Padre Celestial quiere que seamos *aprendices de por vida* y *seguidores* de Su Hijo.

1.2 UNA ACTITUD DEL CORAZÓN

Geoffrey Bull, un misionero británico en China que pasó años en las cárceles comunistas, captó la esencia del discipulado cuando escribió: “El discipulado no es tanto un estado del ser, sino una actitud del corazón hacia la mente de Cristo”.⁶ Estas palabras claramente hacen eco del Salmo 119:111-112. En resumen, un verdadero discípulo quiere conocer al Señor y ser como Él. Él o ella anhelan conocer la verdad y caminar en Su luz. Dicha persona desea hacer la voluntad de Dios aquí en la tierra, como la mejor respuesta a la inefable misericordia de haber recibido una nueva vida en Cristo. ¿Para qué otra cosa podría ser usada esa nueva vida, sino para servir al Padre Celestial, ya que es un regalo incalculable de Su Hijo? Como lo afirma Romanos 12:1-2, *“Así que,*

hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta". Hacer la voluntad del Señor, y no la nuestra, es también la mejor preparación para habitar con Dios para siempre. Como señala Amós 3:3, "¿Pueden dos caminar juntos sin antes ponerse de acuerdo?"; ahora es el mejor momento para estar de acuerdo con el Señor y aprender Sus caminos, muriendo a nosotros mismos en el proceso.

¿Cómo se compara esto con la visión actual de la vida cristiana, especialmente dada la enseñanza sobre la prosperidad en sus diversas formas? ¿Es realmente cierto que podemos tener a Jesús y cualquier otra cosa que queramos? ¿Es la nueva vida en Cristo primordialmente acerca de *nosotros* —nuestra felicidad, nuestro éxito y nuestro bienestar material?— ¿Cómo pueden las verdades eternas del Evangelio encontrar una plena expresión teniendo unas expectativas tan estrechas? Y algunos de nosotros que estamos en la posición de enseñar o predicar a los demás, ¿estamos tratando de proclamar un evangelio más aceptable? ¿O estamos recordando a los pecadores que seguir a Jesús les costará todo? "Y llamando a la gente —*asimismo*—... les dijo: 'Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame'" (Marcos 8:34) ¿Buscamos la *auto-realización* —como el mundo lo hace—

o estamos tratando de cumplir los propósitos de Dios como dice Mateo 6:10: “Venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”?

En la década de los ochenta oí un mensaje que fue dado a los estudiantes cristianos de pregrado de la Universidad de Yale por un misionero con experiencia en el Medio Oriente. Declaró que la voluntad de Dios es solo para algunos creyentes; que aquellos que la hacen por lo general van a sufrir. Preguntó a los estudiantes si esto era lo que realmente querían en la vida. Después señaló que el resto de nosotros, aquellos para quienes Dios no tiene planes concretos, sólo debemos tratar de ser los mejores cristianos posibles, disfrutando la vida donde quiera que nos lleve. Sin embargo esta es una afirmación engañosa. Dios tiene propósitos para cada creyente, aunque no todos estén dispuestos a aceptar la voluntad de Dios para sus vidas; y si el hacer la voluntad de Dios involucra sufrimiento, como bien puede ocurrir, tenemos las promesas en las Escrituras que dicho padecimiento dará un fruto que nunca pasará. Por encima de todo recordemos 1 Juan 2:17: “Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre.” Por tanto, ¿Deberíamos nosotros los creyentes vivir nuestras vidas buscando nuestros deseos o más bien haciendo la voluntad de Dios como discípulos de Jesús?

¿Cuán a menudo nosotros los cristianos hablamos de entregar nuestras vidas a Jesús, como Él entregó Su vida por nosotros? ¿Acaso hablamos de sufrir por Cris-

to, de negarnos a nosotros mismos, tomando nuestra cruz y viviendo solo para Dios? ¿Recordamos que tenemos que orar, como lo hizo Jesús, “Que no se haga mi voluntad sino la tuya”? Muchos de los cristianos del siglo XIX, como los puritanos ingleses antes de ellos, consideraron el formar un *carácter* piadoso como uno de los grandes propósitos en la vida. Ellos trabajaban para llegar a ser *como* Cristo más que en la creación de una carrera o incluso un ministerio. Llegar a ser como Jesús no es tarea fácil, como señala el gran predicador inglés del siglo XIX, Charles Spurgeon:

Estimado creyente, ¿acaso te preguntas cual es la razón de tus pruebas? Mira hacia arriba a tu Padre celestial, y belo allí puro y santo. ¿Sabes que algún día serás como Él? ¿Serás fácilmente conformado a Su imagen? ¿No requerirás de mucha refinación en el “borno de la aflicción” -Isaías 48:10- para purificarte? ¿Será tarea fácil deshacerte de tu corrupción y hacerte perfecto, “como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”? -Mateo 5:48-7

Los cristianos de cada siglo, los que han deseado ser discípulos de Jesús, han considerado el caminar en *comunión* diaria con Él como su principal prioridad, junto con la formación de un carácter piadoso. Como dijo Jesús en Juan 15:5: “El que permanece en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto; *porque separados de mí nada podéis hacer*”.

¿Pero creemos verdaderamente lo que Jesús dijo? ¿Entendemos que permanecer en Cristo es nuestra mayor tarea en la vida, que Él es la fuente de donde fluye

todo buen y eterno fruto? ¿Podemos declarar juntos con el apóstol Pablo...?,

*Pero cuantas cosas eran para mi ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos.
-Filipenses 3:7-11, énfasis añadido-*

¡Un momento! ¿Sobre qué está Pablo preocupado aquí? Todos somos creyentes nacidos de nuevo, entonces todos ya conocemos a Jesús, ¿no es cierto? Además, los cristianos en los países prósperos rara vez sufren “la pérdida de todas las cosas”. Eso ocurre sobre todo a los creyentes desafortunados en los países del Tercer Mundo. ¡Somos doblemente bendecidos en tener a Jesús y también nuestra prosperidad!

Además, ¿quién en nuestros días está preocupado por *llegar* “a la resurrección de los muertos”? Ya somos salvos, entonces ¿por qué dudar sobre *nuestra* parte en la resurrección de los muertos? En cuanto a aquellos creyentes que sí sufren, si tuvieran un poco más de sentido común y menos fanatismo, ellos podrían fácilmente evitar el problema. Al asistir a una reunión ministerial

hace algunos años, un hombre de la India declaró que los cristianos en su país, que padecen persecución por tratar de alcanzar a los perdidos, sufren por la falta de sabiduría en sus métodos. Con mejores técnicas —y una apreciación más profunda acerca de donde proceden los incrédulos—, jellos podrían librarse de tales dificultades!

Algunos creyentes de hecho podrían no tener sabiduría en sus métodos pero existen algunos que sí, como un ex sacerdote hindú a quien conocí recientemente en la ciudad de Nueva York. Desde que se convirtió —por una visión de Cristo que recibió mientras atendía en un templo hindú en el suroriente de la India—, él ha llevado a decenas de miles de hindús a la fe en Jesús. ¿La recompensa por sus labores? Le han roto ambas muñecas en múltiples ocasiones, le fracturaron su espina dorsal como resultado de una paliza, y fue apedreado quedando casi muerto. Encima de todo fue juzgado públicamente por convertir hindús al cristianismo, teniendo que huir finalmente de su tierra natal para escapar de los que querían matarlo. Su esposa y sus jóvenes hijas tuvieron que vivir escondidas por año y medio antes de poder escapar para reunirse con él en Nueva York.

¿Nos hemos perdido de algo aquí? ¿Estamos tan ocupados viviendo de forma segura, en aguas poco profundas que ni siquiera oímos cuando Dios mismo nos llama a las profundidades? En Hebreos 13:13 dice: “Salgamos pues a él, fuera del campamento, llevando su vituperio”. Uno de los himnos más famosos de A.B

Simpson fue “Launch Out” —Lánzate. Fue escrito hace más de cien años pero sus palabras son proféticas en muchos aspectos con respecto a nuestra generación. El verso dos y el coro afirman:

*¡Oh! Pero muchos, sólo están en la orilla
Mirando en el océano tan amplio;
Ellos nunca se han aventurado a explorar sus profundidades,
Ni se han lanzado en la insondable marea.
Lánzate en las profundidades,
Oh, deja la orilla;
Lánzate, lánzate en el océano divino
Donde fluyen las mareas fuertes.⁸*

¿Acaso se quedó Jesús seguro en la orilla? ¿Acaso intentó Él “evitar los problemas”, o utilizar “mejores métodos” que una sangrante cruz para salvarnos? ¿Buscó Él escapar de la persecución? ¿O se lanzó en las mareas de un mundo peligroso y rebelde —dejando atrás la seguridad del Cielo—, para rescatarnos de la destrucción eterna?

1.3 LA CRUZ DE CRISTO

Charles H. Spurgeon escribió acerca de la realidad y el propósito del sufrimiento en la vida cristiana. Sus palabras son dignas de consideración, ya que compara a los cristianos con Simón el Cirineo, el hombre a quien los romanos le obligaron a cargar la cruz de Jesús en el camino al Gólgota:

Vemos en Simón llevando la cruz una imagen de la labor de la iglesia a través de todas las generaciones; ella es la portadora de la cruz por Jesús. Recuerda esto cristiano: Jesús no sufrió con el fin de excluir tu sufrimiento. Él lleva la cruz, no para que escapes de ella, sino para que puedas soportarla. Cristo nos exime del pecado, pero no del sufrimiento. Recuerda esto, y espera sufrir. Pero consolémonos con este pensamiento: que en nuestro caso, como en el de Simón, no es *nuestra* cruz la que llevamos, sino la cruz de *Cristo*.⁹

Thomas Shepherd, en uno de sus famosos himnos del siglo XVII, también habla sobre la necesidad de cada creyente de llevar la cruz,

*¿Debe Jesús cargar la cruz solo,
y todo el mundo andar independiente?
No, hay una cruz para cada uno,
y hay una cruz para mí.*¹⁰

La cruz no es una realidad conveniente ya que habla de la muerte pero es absolutamente necesaria. Para vivir de verdad debemos primeramente reconocernos muertos al pecado, a nuestras viejas maneras de vivir, y muertos a este mundo sumido en el pecado. Sólo en la medida en que morimos a nosotros mismos y estemos crucificados con Cristo, podremos dar cuenta del pleno poder de las palabras de Jesús en Juan 8:36, “Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres”.

De hecho, aquellos que reciben a Jesús *sí* serán libres, ¡libres del horrible poder y dominación del pecado! Pero, ¿recordamos que el *propósito de nuestra recién descubierta* libertad es para servir al Señor, y no a nuestros propios deseos y lascivias? Como escribió Pablo en 1 Corintios 6:19-20, “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que *no sois vuestros*? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, *los cuales son de Dios*”, —énfasis añadido.

Consideremos también las palabras de Isaac Watts, en su gran himno del siglo XVIII, ¿Soy un soldado de la cruz? ¿Quién de nosotros puede cantar este himno sin sentirse bajo convicción de cuán cortos nos quedamos con respecto al supremo llamamiento de Dios en Jesucristo?

¿Soy un soldado de la cruz,

Un seguidor del Cordero,

Y, he de temer apropiarme de Su causa,

O sonrojarme al hablar de Su Nombre?

¿Tengo que ser llevado a los cielos

En lechos de flores,

Mientras que otros lucharon para ganar el premio,

Y navegaron por mares de sangre?

¿No hay enemigos para mí enfrentar?

¿No debería resistir la inundación?

¿Es este mundo vil un amigo de la gracia,
Que me ayude hacia Dios?
Claro que debo luchar si voy a reinar;
Aumenta mi coraje, Señor.
Aguantaré el trabajo duro, soportaré el dolor,
Apoyado por Tu Palabra.¹¹

Recuerdo muy bien cuando yo cantaba este himno durante mi juventud en la congregación, ubicada en un pequeño pueblo de Nueva Inglaterra. Dios usó su mensaje poderoso repetidas veces para recordarme de Su gran llamado sobre mi vida, el cual a veces yo mismo quise evadir. ¿Debo buscar ser llevado al cielo “en lechos de flores”, mientras en todo el mundo otros sufren tormentos por la causa de Cristo? Recientemente oí hablar acerca de unos cristianos estadounidenses que le escribieron a un ministro en China. Le dijeron que estaban orando por él, para que Dios los liberara a él y a su iglesia de la persecución. Este siervo chino de Cristo contestó que también estaba orando por ellos en los Estados Unidos, ¡para que Dios les permitiera sufrir persecución!

¿Cómo pudo él escribir esto? Porque él sabía por experiencia que la persecución tiene una forma de aclarar las cosas. Ésta divide entre el ‘trigo’ y la ‘paja’. Un día, cuando un querido amigo que enseñaba en China se sentía triste por el sufrimiento de los creyentes allí, se le acercó un joven cristiano chino y le dijo: “Yo siento mucha lástima por ustedes los cristianos de América”.

Asombrado; mi amigo le preguntó qué quería decir, y él respondió, “¿Ustedes creen que pueden tener a Jesús y todo lo demás? Para nosotros, en China, seguir a Jesús significa perderlo todo, así que nosotros conocemos el verdadero valor de tenerlo a Él”. Mi amigo se sorprendió por las palabras del joven estudiante, pero aprendió una valiosa lección ese día.

¿Cuántos cristianos están intentando ‘tenerlo todo’, mientras que también buscan seguir a Jesús? ¿Cuántos están tratando de ser amigos de ‘este mundo vil’, aun cuando esperan ser amigos del Señor? ¿Cuán a menudo se predica en nuestras iglesias sobre el éxito y la abundancia —prosperidad— en lugar de hablar de la necesidad de *soltar nuestra vida en la tierra* para ganar la vida que perdurará por toda la eternidad? Jim Elliot, un misionero para la tribu Auca de Ecuador, escribió en su diario el 28 de octubre de 1949, “Una de las grandes bendiciones del cielo es la apreciación del cielo en la tierra... No es ningún tonto aquel que da lo que no puede guardar, para ganar aquello que no puede perder”.¹² Él entregó su vida por la salvación de esa tribu el 8 de enero de 1956, atravesado por las lanzas de aquellos a quienes él estaba llevando el Evangelio.

Oct 28 - One of the great blessings of Heaven is the appreciation of heaven on earth - Ephesian truth.
He is no fool who gives what he cannot keep to gain that which he cannot lose. Lu 16:9 - that when it shall fail, they may receive you into everlasting habitations

¿Estás tratando de aferrarte a tu vida? ¿O estás dispuesto a soltarla, al colocarla en las manos fieles de Jesús?

1.4 LLAMADOS A SER DISCÍPULOS

La verdad es que el Señor tiene planes para *cada* vida que se entrega a Él. Su deseo es que *todos* Sus hijos sean Sus discípulos durante toda la vida. En las palabras eternas de 1 Juan 2:15-17, se nos asegura:

No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; *pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre*, — énfasis añadido.

La naturaleza humana caída siempre buscará su felicidad en las cosas del ya y el ahora —y estará decepcionada— pero nosotros, habiendo sido redimidos de este mundo por Jesús, ¿continuaremos buscando nuestra felicidad en las cosas pasajeras? ¿Debemos vivir principalmente para nosotros mismos, sabiendo que Cristo dio todo *por nosotros*? ¿No debería ser nuestro gozo el hacer la voluntad del Padre Celestial, complaciéndolo a todo costo y cumpliendo con Sus propósitos para nuestras vidas? Como señala Proverbios 11:24-25, “Hay quienes reparten, y les es añadido más; y hay quienes retienen más de lo que es justo, pero vienen a pobreza. *El alma generosa será prosperada; y el que saciare, él también será sacia-*

do". Como solía decir una estimada misionera, "¡Usted nunca puede dar más que Dios!" Entre más libremente nos ofrezcamos nosotros mismos a Él, más podrá Él hacernos ricos canales de bendición para otros.

Hay una poderosa y conmovedora historia detrás de la escritura de un famoso himno del siglo XIX, —"¡Oh amor que no me dejarás!". George Matheson era un alumno brillante que se graduó con honores de la Universidad de Glasgow en 1861. Sin embargo, durante sus estudios, quedó completamente ciego. Posteriormente él creyó que el Señor quería que entrara en el ministerio, por lo que pasó cuatro años más en estudios teológicos. Su devota hermana dominaba el griego, el latín y el hebreo; todo esto para convertirse en la ayudante de por vida de su hermano ciego, primero en sus estudios y más tarde en el ministerio.

No obstante, después de la graduación, Matheson comenzó a buscar un púlpito, pero todas las grandes iglesias de Escocia dejaron en claro que no quería ningún ministro ciego, sin importar cuán brillante fuera. Por lo tanto aceptó un puesto en una pequeña iglesia en Innellan, un puerto y lugar de veraneo donde permaneció dieciocho años. También se ha dicho que deseaba casarse con una joven en particular pero fue rechazado por ella, de nuevo debido a su ceguera. Matheson fue un hombre que sufrió muchos reveses amargos en la vida pero se sobrepuso a todos ellos por la gracia de Dios. Él predicó con tal unción y quebrantamiento que, con el tiempo, la gente viajaba de toda Europa para escucharlo

hablar en aquella pequeña iglesia escocesa. El Señor le hizo ‘pan partido’ y ‘vino derramado’ para multitudes de almas heridas y necesitadas.

En el verano de 1882, durante un periodo de gran dificultad, él compuso su himno más famoso. En sus propias palabras, escribió:

Fue compuesto con extrema rapidez; me parecía que su composición sólo me tomó unos pocos minutos, y me sentí en la posición de aquel a quien le están dictando más que como un artista componiendo. Estaba sufriendo de un estrés mental extremo, y el himno fue el fruto del dolor...¹³

Desde entonces este himno ha bendecido y animado a multitudes de seguidores de Jesús. El himno habla acerca del reclamo total del Señor sobre nuestras vidas, así como el alto costo del discipulado; también comenta sobre la ‘vida de muerte’, en la cual todo siervo del Señor debe entrar —si él o ella ha de experimentar la fecundidad que Dios tanto desea. Allí, en su pequeña parroquia rural en Innellan, Matheson escribió:

¡Oh amor que no me dejarás!
Descansa mi alma siempre en Ti;
Es tuya y Tú la guardarás,
Y en el océano de Tu amor
Más rica al fin será.

¡Oh luz que en mi sendero vas!
Mi antorcha débil rindo a Ti;
Su luz apaga el corazón,
Seguro de encontrar en Ti
Más bello resplandor.

¡Oh gozo que a buscarme a mí
Viniste con mortal dolor:
Tras la tormenta el arco vi,
Y ya el mañana, yo lo sé,
Sin lágrimas será!

¡Oh cruz que miro sin cesar!
Mi orgullo, gloria y vanidad
Al polvo dejo por hallar
La vida que en Su sangre dio
Jesús mi Salvador.¹⁴

¿Está Jesús hablándote a medida que lees estas palabras? ¿Está Jesús pidiéndote que le devuelvas “la antorcha débil” de tu vida para que en Su radiante luz estés “seguro de encontrar... más bello resplandor?” ¿Está el Señor pidiéndote que dejes ir las cosas en las que más te glorias; tus talentos, tus sueños, tus posesiones, y aún tu vida misma? Si escuchas Su voz, ¡No lo rechaces! Respóndele rápidamente, “Sí, Señor” y Él traerá frutos eternos y maravillosos de una vida que de otra forma quedaría sólo “como la niebla, que aparece por un momento y luego se desvanece” (Santiago 4:14).